

¿Indiferentes a la Nueva Misa?

Este año se cumplen los 50 años de la promulgación del nuevo rito de la Misa por parte del Papa Pablo VI; rito al que la Fraternidad Sacerdotal San Pío X le cuestionó siempre la **legitimidad**, esto es, el carácter de *verdadera ley*, por cuanto se opone al bien común de la Iglesia, y a la expresión íntegra de la fe católica en el Santo Sacrificio que en ella se renueva.

Muchos problemas se le resolverían a la Fraternidad si al menos fuera indiferente a la Nueva Misa. Roma no le pide otra cosa. De tantos católicos perplejos por la reforma litúrgica del Concilio Vaticano II, muchos han creído que lo malo del nuevo rito venía sólo de la manera de celebrarlo, y peregrinan por las parroquias buscando sacerdotes que celebren con piedad y no den la comunión en la mano. Otros saben que la diferencia no está en los modos del sacerdote, sino en el mismo rito, y reclaman la Misa tradicional arguyendo el enriquecimiento que implica la pluralidad de ritos: el nuevo es bueno, pero el antiguo también: ¡mejor entonces los dos! Aunque en Roma no hay tontos, han dejado correr esta excusa para los grupos tradicionales que se ampararon en la Comisión «Ecclesia Dei». Pero en Roma molesta nuestra Fraternidad porque no sólo no dice que es buena, sino que la combate como perversa. Si al menos guardáramos indiferencia –¡que los demás recen como quieran!–, Roma nos dejaría en paz. Pero ahí está precisamente la cuestión: ¿Podemos ser indiferentes a la Misa Nueva?

1º No cabe indiferencia ante la Cruz de Cristo.

La víspera de su Pasión, llegada la hora de ofrecer a su Padre el sacrificio redentor, Nuestro Señor hizo un pacto con su Iglesia: *Hæc quotiescumque feceritis, in mei memoriam facietis*: «Acordaos de que he muerto por vuestros pecados, y Yo me acordaré de vosotros en la presencia de mi Padre». Y como Dios que es, nos dejó el inmenso misterio de la Misa, por la que su Sacrificio sigue siempre vivo, permitiéndonos asistir como ladrones arrepentidos: *Memento, Domine, famulorum famularumque tuarum*: «Acuérdate de nosotros, Señor, ahora que estás en tu Reino». La memoria viva de la Pasión que se renueva por la doble consagración gracias a los poderes del Sacerdote, y la unión misteriosa con la Víctima divina que se realiza por la comunión, es la única vía que tiene el duro corazón del hombre para volver al amor de Dios, porque nada llama tanto al amor como el saberse muy amado, y la Pasión de Nuestro Señor fue la máxima demostración de amor: «*Nadie ama más que aquel que da la vida por su amigo*» (Jn. 15 3). Por eso la obra de la Redención, que Cristo llevó a cabo en la Cruz, no se hace efec-

tiva para nosotros sino gracias al Sacrificio de la Misa. Ahora bien, así como no cabe indiferencia ante la Cruz de Cristo, tampoco la cabe ante el rito que renueva su Sacrificio. «*Quien no está conmigo está contra Mí*» (Mt. 12 30), dijo Nuestro Señor, y esta ley se impuso por la Pasión.

Puedo pasar al lado de un vendedor si pienso que lo que ofrece no lo necesito; pero no puedo pasar al lado de un hombre herido, porque él me necesita a mí. No es patente pecado la indiferencia ante el Jesús de los Milagros, pues puedo decir con San Pedro: «Aléjate de mí, que soy un pecador»; pero ante el Jesús Crucificado es horrible traición decir: «No conozco a ese hombre». Es la Cruz de Nuestro Señor la que nos urge a tomar partido: ¡no me es lícito dejar de lado a Aquel que muere por mis pecados!

2º La Nueva Misa suprime el «escándalo de la Cruz».

El nuevo rito creado bajo Pablo VI para sustituir el bimilenario rito romano de la Santa Misa, ha suprimido el escándalo de la Cruz: «*Evacuatum est scandalum crucis!*» (Gal. 5 11). La intención inmediata que guió la reforma de la Misa fue el ecumenismo: crear un rito suficientemente ambiguo como para ser aceptado por los protestantes más «ceranos» al catolicismo; pero la intención última ha sido suprimir la espiritualidad dolorista de la Cruz, porque su negatividad repugna al «hombre moderno».

Es asombroso, pero si a nuestra religión le quitamos el escándalo de la Cruz, cesa la persecución, y los judíos son los primeros en aceptar el diálogo ecuménico. Ya San Pablo señalaba este misterio a los Gálatas, tentados de judaizar creyendo necesario circuncidarse: «Si aún predico la circuncisión, ¿por qué soy todavía perseguido? ¡se acabó ya el escándalo de la cruz!» (Gal. 5 10-11).

La teología que subyace tras la Misa de Pablo VI escamotea la Pasión de Nuestro Señor y se queda solamente con las alegrías de la Resurrección; pretende superar el Misterio de la Cruz con la nueva estrategia del Misterio Pascual. Se repite lo que pasó cuando Jesús anunció por primera vez su Pasión: «*Pedro, tomándole aparte, se puso a amonestarle diciendo: No quiera Dios, Señor, que esto suceda*» (Mt. 16 22). Visto con ojos muy humanos, con Cristo resucitado la Iglesia puede entrar en el mercado de este mundo con un producto de lujo: la esperanza de la resurrección. Pero ¿cuál fue la reacción de Nuestro Señor ante el cambio de estrategia que le proponía su Vicario? «*Retírate de mí, Satanás, que tú me sirves de escándalo, porque no sientes las cosas de Dios sino las de los hombres*» (Mc. 8 33).

En todos estos años de resistencia a las transformaciones litúrgicas, de entre las filas de los perplejos han salido muchos paladines que, echando mano a la buena teología, han defendido que la reforma no es tan mala como se la pinta; pero lo que en realidad sucedió es que quedaron perplejos por no estar muy al tanto de las corrientes subterráneas de la teología modernista que, aunque condenada y perseguida por los Papas anteriores al Concilio, fue ganando terreno hasta instalarse en el Vaticano gracias al apoyo de Juan XXIII y Pablo VI.

El pensamiento que ha guiado las reformas, en su raíz y coherencia interna, es verdaderamente *satánico*, sin exageración. Es cierto que los materiales con

los que se construyó el nuevo rito provienen, en su mayor parte, de la demolición del antiguo; y por eso, ante una mirada superficial, parecen semejantes: acto penitencial, lecturas, repetición de las palabras de Cristo, comunión, bendición final, todo en castellano y con más lío; pero, en fin, ¿acaso es tan distinto? Sí, es totalmente distinto. Si tantos católicos vieran claramente cómo es, y por qué, el rito de la Misa Nueva, dejarían ciertamente la indiferencia bajo la que se han estado escudando, y se sumarían al clamor para que los altares de nuestras iglesias vuelvan a ser Calvarios.

1º El primer *satánico* principio es que **Dios, siendo inmutable, no recibe daño por nuestros pecados**, de manera que, por más que pequemos, no dejamos de ser hijos queridos, y basta que nos arrepintamos para que todo quede olvidado, sin exigiérsenos reparación ni satisfacción alguna por daños y perjuicios. Este pequeño sofisma hace desaparecer de inmediato la necesidad de la Cruz, y también de la misma Encarnación, porque el Verbo se hizo hombre y murió por nosotros para reparar por nuestros pecados.

El rito tradicional está profundamente marcado por la deuda de justicia que tenemos con Dios: es una liturgia de publicanos siempre necesitados de redención: «¡Oh Dios, ten compasión de mí, que soy un pecador!» (Lc. 18 13). El nuevo rito, en cambio, ha quitado todas las expresiones con finalidad propiciatoria, considerando que los fieles, después de pedir el perdón inicial, ya quedan santificados, pudiendo hacer suya la oración del fariseo: «¡Oh Dios, te doy gracias porque no soy como los demás hombres!» El que mira el nuevo rito con temor de verlo malo, puede fácilmente negar esta intención, porque la liturgia no predica su doctrina en lenguaje científico, sino encarnada en gestos e imágenes; pero váyase a los libros de los liturgistas y teólogos que la hicieron, y podrá comprobarse con cuánta advertencia han dirigido estos cambios.

2º Como la pasión y muerte de Cristo pierden todo sentido si el pecado no exige reparación, **se las ha ocultado bajo el concepto de Pascua o «paso»**: la muerte no sería más que el paso a la Resurrección. La consecuencia litúrgica es que la Misa no es ya un rito sacrificial que renueva el Calvario, sino un doble banquete que anticipa el gozo de los resucitados.

*El rito tradicional tiene una parte preparatoria o ante-misa, que termina en el Credo, y tres partes integrales: el ofrecimiento u ofertorio, la inmolación por la doble consagración y la comunión con la divina Víctima. El nuevo rito, en cambio, desarrolla algo absolutamente distinto: consta de dos partes paralelas, la liturgia o «mesa» de la Palabra, y la mesa de la Eucaristía, de las cuales la primera no es la menos importante. Ya esto es una novedad absoluta: ¿cómo puede una simple preparación reemplazar en importancia a lo que era propiamente la Misa? Y las tres partes de la liturgia de la Eucaristía ya no son las de un sacrificio, sino las de una comida: **presentación de los alimentos, acción de gracias y comida propiamente dicha**. ¿Qué tiene de semejante al santo Sacrificio de la Misa? Sólo los materiales de demolición. Las «palabras de la consagración» ya no son consideradas tales, sino que ahora son sólo el recordatorio de los gestos y palabras de Cristo, por cuya «memoria», en virtud del poder evocativo del memorial, se haría objetivamente presente el «Kyrios», el Señor de la gloria con sus misterios. ¿Cuesta creerlo? Pues bien, valga como ejemplo el que en Roma se ha considerado válida una anáfora (el equivalente del Prefacio y del Ca-*

non en la liturgia griega), la anáfora de Addai y Mari, que carece de palabras de la consagración.

3º La nueva teología, disfraz del camaleónico modernismo condenado por San Pío X, asume el pensamiento moderno para reinterpretar la Revelación al gusto del «hombre de hoy». Para ello **utiliza el confuso simbolismo de los pensadores modernos**, según los cuales todo es «símbolo»: lo es Cristo sacramento, lo es la Iglesia sacramento, y la Escritura se transforma en puro signo de un misterio indefinible. La realidad de la transustanciación, de la unión hipostática, del carácter sacerdotal, de la gracia santificante, todo se desvanece ante esta forma de pensar.

Es el pensamiento que anima la Misa Nueva. Cristo está presente en la asamblea de los fieles, en la Sagrada Escritura, en el ministro que preside, en el Pan eucarístico; pero todas estas presencias se confunden en una misma, tan difusa e indefinible que se desvanece: si Cristo está en todas partes, ¡no está en ninguna! Y ya los fieles no lo encuentran más en las iglesias que en la calle.

Conclusión.

El alma de la Nueva Misa es **un alma perversa**. Los católicos que se esfuerzan en mirar en ella sólo los materiales de demolición, tratando de recomponer en su cabeza la figura del rito tradicional, pueden no percibirla y atenuar los daños que produce su presencia. Pero así como no se puede frecuentar las discotecas sin erosión de la honestidad, tampoco se puede frecuentar un ritual modernista sin desgaste de la fe.

Téngase también en cuenta que los ritos tradicionales son «sacramentales», es decir, formas sensibles con un alma santa, que transmiten gracias actuales si se los recibe con fe. Si la Iglesia prescribió bajo pecado la asistencia dominical a la Santa Misa, es justamente **por la eficacia santificadora de sus ritos**, que predisponen al alma para unirse más eficazmente al santo Sacrificio. Por haber suprimido el rito tradicional, la fe de los católicos languidece; por haber instalado un ritual modernista, se propaga eficazmente un espíritu carismático profundamente contrario al auténtico catolicismo.

Por eso, **no podemos ser indiferentes a la Nueva Misa**. Asistir al drama de la Pasión sin reacción es pecado. No se puede asistir callado a una Misa que ignora al Crucificado, que canta alegre ante su dolor, que permite que unas manos sin consagrar toquen lo que hay de más sagrado: altar, misal, sagrario y hasta el divino Cuerpo. El manoseo que sufrió Jesucristo en su Vía Crucis no es muy distinto del que ahora sufre con la comunión en la mano.

Nosotros no dejaremos de luchar contra la Nueva Misa hasta que no cese la abominación desoladora en los lugares santos. Por esta razón, en una serie de Hojitas de Fe, señalaremos el espíritu que preside el nuevo rito, y defenderemos las verdades católicas que, por motivos ecuménicos, este rito silencia.